

La filosofía de Hegel.

(Resumen de una conferencia.)

En Hegel se cumple de modo admirable aquella ley en cuya virtud cuanto más completamente encarna un hombre o una obra el espíritu de su tiempo, tanto mayores son las posibilidades de porvenir que se contienen en el hombre o en la obra. En Hegel se sintetizaron las más variadas influencias: en su obra fluye todo un pasado secular de experiencia y meditación. Hegel recoge y elabora todo ese pasado obedeciendo a las exigencias más íntimas de su hora. Y es así su obra, como un fruto donde se configura todo lo que es y lo que ha sido, y donde se encierra lo que va a ser como una profusión innumerable de semillas.

Pero todas las sugerencias de la antigüedad y todas las sollicitaciones del presente le llegan a Hegel a través de esa atmósfera, de ese confuso ambiente de sentimientos y de ideas que se llamó el Romanticismo. Precisa pues estudiar la obra de Hegel en relación con ese ambiente donde se cruzan las corrientes más opuestas, donde se condensan las emanaciones más diversas, donde junto al amor por las formas luminosas de la Grecia apolínea encontramos el culto de la noche de

un Novalis y el profundo sentido del misterio de un Schelling, y en el cual resuenan cantos de lírico entusiasmo por la naturaleza y por la vida, mientras el espíritu exhala la queja crepuscular de una infinita nostalgia.

Sería pretencioso querer definir en forma rigurosa una época semejante. Por lo demás para los fines de esta conferencia me basta con señalar un cierto carácter, una cierta tonalidad que confiere a todas las diversas expresiones de la inquietud romántica una como unidad musical y que es a saber: el predominio de la subjetividad, el esfuerzo por absorber en el yo la totalidad de la existencia.

Ese esfuerzo impregna la poesía, la religiosidad y la especulación. Esta se dá especialmente como una tendencia por transferir al ser las modalidades del yo. Y como quiera que el yo se les ofrece a los filósofos románticos como algo que sólo existe porque es dividido, que sólo se afirma porque es negado, conciben también el ser universal como un ser dividido y emprenden el trabajo gigantesco de volver a crear mediante el juego dialéctico de las puras formas del yo, todos los grados, todas las modalidades, todos los aspectos de la realidad.

Retengamos pues estos dos motivos fundamentales en la filosofía del romanticismo alemán: a) transferencia al ser de las modalidades del yo; b) concepción de la existencia como oposición, división y para emplear un término familiar a la filosofía alemana, polaridad.

Hegel conoció y frecuentó a Schelling, primero en Tubinga y después en Jena, foco de irradiación romántica donde los dos filósofos se asociaron para publicar una revista. Es evidente que Schelling, influyó poderosamente en Hegel, tomando la palabra influencia en sus dos sentidos. Schelling estimuló por una parte la vocación especulativa de Hegel llamando su atención hacia el planteamiento de los problemas que entonces suscitaban su propia meditación; por

otra parte provocó las objeciones de Hegel y de tal modo contribuyó a que éste definiera su pensamiento y, superando tanto la obra de Schelling como la de Fichte, llegase a formular el máximo sistema de la especulación romántica.

Conjugándose con la influencia de Schelling interviene la del poeta Hölderlin para matizar el proceso de la evolución mental de Hegel. Con Hölderlin compartía Hegel el culto reverente por el helenismo y acaso fué en la sensibilidad profética, acaso fué en la poesía órfica de Hölderlin donde encontró Hegel el alimento inmediato para su creencia de que a través de la muerte se afirma la vida y de que sólo en el dolor puede encontrar el alma la felicidad.

Schelling, Hölderlin y Hegel son los tres amigos de Tübinga. Schelling es el sentimiento del misterio, la viva intuición de las oposiciones en que se polariza el fondo remoto de las cosas. Hölderlin es el ansia de infinito, es el anhelo de totalidad en cuyo nombre absuelve y santifica la vida. Hegel es como una sabia geometría en que se estilizan la intuición de las oposiciones de Schelling y el amor trágico por la totalidad de Hölderlin.

Hegel se encamina hacia la concepción de su sistema a través de una larga meditación sobre la conciencia trágica, es decir, sobre la conciencia de la extrema división, de la extrema separación, del desgarramiento interior en que al mismo tiempo que la existencia es sentida con una suprema intensidad, se afirma también de modo paradójico y en la propia división, el sentimiento de la unidad interior del espíritu. Así la conciencia trágica es una conciencia dolorosa porque se forma en la separación, pero es al mismo tiempo una conciencia gozosa puesto que en el propio dolor que la desgarrar y la niega, recoge el alma la triunfante certidumbre de su vitalidad.

Las reflexiones de Hegel sobre la conciencia trágica, se alimentan sobre todo en la experiencia cristiana. El cristia-



mismo es división y es unidad; es dolor, desgracia, infortunio y es la gozosa reconciliación con la existencia.

El resorte central de la vida cristiana es la idea de Dios que muere y resucita. Pero la muerte y la resurrección de Dios son algo más que una alternancia, que un ritmo temporal: son la expresión de una división íntima en el seno de Dios. La muerte es el dolor, la desesperación, la nada; la resurrección es la vida que se afirma precisamente en el sentimiento de ese dolor, de esa desesperación, de esa nada. De suerte que la muerte y la resurrección son los polos de un mismo sentimiento de la existencia que muere en la vida y que vive en la muerte, y que permanece así en la agonía hasta el fin de los tiempos.

Hegel confiere a esta experiencia una profunda significación ontológica. En ella se afirma según él la división primordial del ser, la necesidad metafísica del no, que al oponerse al sí y al abolirlo lo promueve a una nueva existencia, lo lanza a la historia y a la vida.

Llega así Hegel a través de su meditación sobre el cristianismo y de una crítica profunda de los sistemas que inmediatamente preceden al suyo es decir, los de Fichte y Schelling, al planteamiento de su propio problema. Se trataba de obtener de la filosofía lo mismo que se obtiene de la religión; la unión de lo que está separado. Hegel quería unir los términos antagónicos de la existencia: ser y no ser, sujeto y objeto, finito e infinito, hombre y Dios. Y la admirable originalidad de su solución consiste en que ha logrado sintetizarlos en una unidad de movimiento, en una unidad de vida en que los contrarios al par que se oponen se necesitan, y en que la negación aparece como la fuente inagotable de una nueva posibilidad.

Todo el sistema de Hegel reposa en una proposición fundamental a saber: que el mismo ritmo que preside el movimiento de nuestras ideas en la mente, preside también el

movimiento de las cosas en la realidad. Ese ritmo es la dialéctica, de modo que en ella se expresa directamente la vida concreta de la existencia universal.

Y esa presuposición fundamental implica la convicción de que, puesto que el pensamiento y las cosas obedecen a la misma dialéctica, y esta dialéctica es en el fondo una ley, un ritmo mental, al fin y al cabo el sujeto y el objeto, lo externo y lo interno se reclaman de la misma vida espiritual.

Esta vida espiritual, esta dialéctica, es la razón en cuyo movimiento recogemos, la palpitación más íntima de la existencia. Es el absoluto que abandona la muerte inmovilidad a que lo condenaban las escuelas del racionalismo clásico, y que asume el dinamismo y la eterna y fecunda contradicción del devenir.

Hegel, estudia en la lógica las determinaciones generales de la dialéctica. Hay, según él, dos lógicas: una relativa, sometida al principio de contradicción, la otra absoluta que no es solamente un juego de abstracciones, sino un activo desenvolvimiento de la vida, superior al principio de contradicción, y que reposa sobre la identidad de los contrarios.

El ritmo de la dialéctica es un ritmo de tesis, antítesis y síntesis. La idea en cuanto determinada suscita la idea contraria, y de la oposición de ambas resulta la síntesis concreta que las absorbe y que es racional, real.

La idea primordial del pensamiento es la idea del Ser. Pero el Ser puro abstracto, despojado de toda determinación es en realidad equivalente al no ser. Y he ahí dos principios abstractos que se oponen y se implican, y es que en verdad ni el ser ni el no ser son reales, sino solamente su síntesis concreta que es el devenir.

El sistema de Hegel abraza la lógica, la filosofía de la naturaleza y la filosofía del espíritu. En la lógica se estudia, como hemos visto la dialéctica en sí y por sí. En la filosofía de la naturaleza se estudia la idea o la dialéctica exteriori-

zándose a sí misma. En la filosofía del espíritu se estudia la dialéctica volviendo a la conciencia de sí.

En la filosofía de la naturaleza estudia Hegel la evolución de la idea a través de los grados de la existencia natural. La tendencia de esta idea es el progreso a la subjetividad. Desde este punto de vista Hegel emprende la tarea gigantesca y vana de reconstruir conceptualmente la naturaleza.

Su gloria consiste en su filosofía del espíritu, en ella se distinguen: la filosofía del espíritu subjetivo, la filosofía del espíritu objetivo y la filosofía del espíritu absoluto.

La doctrina del espíritu subjetivo puede ser considerada como la psicología de Hegel cuya culminación es el estudio de la libertad en que la voluntad se determina a sí misma en el proceso de su evolución práctica.

En la filosofía del espíritu objetivo, estudia Hegel la moralidad, el derecho y la ética objetiva.

La filosofía política de Hegel llega en esta etapa de su especulación a consagrar un absurdo absolutismo de estado.

Conectada con su filosofía política, y obedeciendo a la inspiración general de su sistema, Hegel desarrolla su genial concepción de la filosofía de la historia. La historia es para Hegel la realización del espíritu universal a través del tiempo. Su proceso es el de la razón misma. Los diferentes espíritus de los pueblos y las grandes personalidades son sólo instrumentos en manos del espíritu universal, que persigue a través de la vicisitudes políticas y a veces del interés y de la pasión, el triunfo de la libertad moral.

La filosofía del espíritu absoluto, trata del espíritu que ha suprimido ya las oposiciones de sujeto y objeto, pensar y ser. Es el espíritu en cuanto se contempla a sí mismo en el arte, en la religión y por último en la filosofía.

El arte es la manifestación sensible de la idea, expresa la unidad del pensamiento y de la existencia sensible, de la

forma y la materia. Las tres grandes realizaciones históricas del arte; el arte simbólico, el clásico y el romántico se definen por la medida en que la idea encuentra una adecuada corporificación en la forma.

La religión es la representación de lo absoluto, pero no mediante conceptos, sino mediante imágenes. Hegel, ha estudiado el problema religioso con extraordinaria profundidad aunque ha descuidado su aspecto ético para concretarse a su aspecto teórico. Sus reflexiones sobre la transcendencia y significación filosófica del cristianismo que él considera como la religión verdadera están impregnadas de una gran seriedad y pertenecen a la historia de las más altas interpretaciones de la idea cristiana.

La Filosofía es la razón que se comprende a sí misma. Pero no es la razón estática extendida como una simple estructura de conceptos, sino como un proceso, como una historia. De ahí la significación de la historia de la filosofía en el sistema de Hegel y su interpretación de los sistemas, no como expresiones definitivas de la verdad, sino como fases sucesivas y necesarias de la realización de lo absoluto en el espíritu del hombre. Contrariando sin embargo la dirección auténtica de su pensamiento, Hegel llega a sostener que su sistema filosófico es ya insuperable, algo así como la última palabra, como la suprema revelación de lo absoluto. Presunción que la historia del pensamiento debía desmentir.

La gran importancia, la significación excepcional de la obra de Hegel en la historia y en la cultura, consiste en haber concebido un absoluto de naturaleza racional. Pero está sobre todo en su admirable concepción de la razón que no es ya el esquema inerte del racionalismo tradicional y que nada explica sino el resorte creador de la realidad. Con esto, Hegel inaugura la concepción de un nuevo absoluto inmanente y dinámico que se sustituye a las viejas categorías cristalizadas e infecundas. Y así, en cierto modo, Hegel tenía

razón cuando consideraba su filosofía como la suprema revelación de lo absoluto, es decir como la palabra de lo que nunca puede acabar de revelarse por que es inagotable.

La influencia inmediata de Hegel fué enorme, provocando a propósito del problema religioso y después en otros dominios la formación de una derecha y de una izquierda hegelianas, más importante y duradera la izquierda en la cual se cuentan Strauss, Feuerbach y Karl Marx fundador del materialismo histórico y padre del socialismo revolucionario. Por lo demás puede decirse que todo el siglo XIX está dominado por la influencia de Hegel. Los dos motivos capitales tanto en el pensamiento como en la actividad política y social del mundo moderno son la oposición y el ritmo. Y es Hegel quien confirió a esos motivos su transcendental significación.

Pero hay, sin duda, más allá de la oposición y del ritmo algo supremo y dominante: la inexpresable unidad donde todos los conflictos se encienden y, también, se apagan.

Biblioteca de Letras
MARIANO IBERICO.
«Jorge Puccinelli Converso»